

Las mujeres del Poeta.

Textos

Introducción:

Hay cinco mujeres (más, en realidad) que Pablo Neruda me fue “presentando” con su poesía. Esas imágenes llenas de carácter, exotismo y belleza, me han conmovido a tal punto que se hizo imperioso evocarlas y rendirle homenaje con mi palabra. Para mi alegría esos textos fueron coreografiados por Florinda Montoya componiendo la obra homónima que fuera estrenada en 2013.

Albertina Azócar es una de las dos musas de “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”. Bien puede representar ese encuentro el amor que acaba de salir de la adolescencia. Neruda le escribía cartas, que he leído, y, al modo de carta, pretendo describir el trance, los sentimientos y la personalidad de ellos.

El discurso, con sus hipérbolos, es propio de un adolescente enamorado.

Jossie Bliss es el nombre occidental de “la pantera birmana”, compañera de Neruda en Rangoon, Birmania. Los celos, las diferencias culturales, la relación candente, la incompreensión, hicieron que él huyera de ella y que, mucho después, le escribiera sus amores 1 y 2, llenos del dolor del olvido.

Manuela Sáenz (“la amable loca”) fue la amante de Bolívar y, también, tuvo una personalidad ardorosa. El libertador la descubre al final de la batalla de Pichincha, cuando entra con toda gloria a Quito. A pesar de la separación impuesta, se seguirán amando mientras vivan.

Neruda escribe “Elegía a Manuela Sáenz, la inseputa de Paíta”, en donde registra su viaje a esa ciudad ballenera del centro norte de Perú para rendirle homenaje en una sepultura que jamás encuentra.

La “mamadre” (“*nunca pude decirle madrastra*”) fue su madre adoptiva y, en sus memorias y poemas, exhibe la admiración y el amor por la mujer sencilla de pueblo, hecha a aliviar las dureza de la escasez y rescatar cada día con su disposición, su alegría y su silencio.

Matilde Urrutia, la “*chascona*” (despeinada), fue su compañera de consagración y de pasiones que lo llevaron por todo el mundo, adoptando un compromiso político que puede haber terminado con la salud deteriorada del poeta. Ahora descansan en Isla Negra, la

misma casa donde ocurre el diálogo que escribí y que es un repaso de los hechos de la vida de la pareja.

Cada texto culmina con un poema del escritor.

“Las mujeres del Poeta”

Albertina

Temuco, 21 de abril de 1922

Albertina,

he salido a galopar los cerros por ti. No basta con algunos paseos que hago a las cinco de la mañana, a veces con un amigo, casi siempre solo mientras todo duerme, incluso los trenes.

He salido a mojarme bajo la incesante llovizna gris que todo lo plateaba y gritar cuánto te quiero, mocosa mía, para arrancarme este sufrimiento lerdo que va a terminar dejándome más flaco y oscuro todavía, si no contestas mis cartas rápido, como rápido salen todas mis palabras a buscarte.

Por qué te cuesta tanto, silenciosa, mala pécora, caracola.

Ya habrás recibido el periódico con el poema “la ausente”. Eres tú “la ausente”, qué otra podría. Ya sabes, he peleado por ti con mis novias y en lugar de tener tu consuelo debo conformarme con tu silencio tan difícil de ablandar.

Por eso he galopado dejando al caballo desencadenarse hacia los cerros, y yo con él. Como si él se hubiera convertido en una parte de mí y me diera músculo y brío, y furia para llamarte Marisombra.

Hemos recolectado cuanto tesoro ofrece el bosque y la llanura donde trabajó el sur.

Puse en las carteras chupones, copihues, avellanas, boldo y murtas, de todo mocosa, rana mía, y sentimos, digo sentimos porque él también lo sentía, bien lo sé, que eran nuestros regalos, nuestra ofrenda para ti, Netocha. Y todo va terminar mustio en los floreros o en las alacenas a la espera de tu mano suave y sencilla.

Vivo en los altos, y sopla un viento terrible. A veces me levanto en la noche a hacer callar a los perros y a cerrar la ventana, pero enseguida la abro para que no nos separe y para que el aire nos una.

Tal vez sea eso, tu delicado y aristocrático cuerpo el que no me quiere, el que no me considera digno para acercarme a él. Y sin embargo es tan blanco y mío cuando me dejas verlo bañarse en el fulgor de la penumbra.

Como sabes araña, he conocido a otras, pero recién supe algo de la gloria del ángel femenino cuando vi lo infinitamente larga, nívea y enorme que era tu figura, hecha para mis caricias. Perdóname estas palabras que tal vez se excedan. Pero qué más podría decirte si, y te lo repito, no me ha quedado otra cosa que salir a correr bajo el agua incesante y pinchuda como mi melancolía de no tenerte.

¿Es que vas a hacer lo mismo que durante nuestros paseos en Santiago, cuando cultivamos el silencio y solo nos decimos lo que nos da alegría?

No hago más que vagar pensando en ti, nombrándote con la rutina de los pasos como bien dijo el poeta. No estoy estudiando casi nada, no sé cómo me las arreglaré cuando toquen los exámenes. Y sabes que hasta ahora he sido un alumno dispuesto.

No hagas caso de tu hermana que repudia a los poetas. Pregúntale a Rubén, a quién admiro y quiero como si fuera mi propio hermano. Aunque sé que no harás ni lo uno ni lo otro, hecha a sumirte en tu silencio que fluye, y que, en el fondo, yo gusto tanto como observar el mar cansado y ofrecido del crepúsculo.

Quiero volver a pasear contigo, con nuestros amigos. Quiero ver pasar por las calles de Santiago, mi capa y mi sombrero aludo, como tú le dices, tan ridículos para tu hermana que me odia por vago y poeta y porque tal vez tú me quieras.

Cómo está tu Concepción. Tal vez te has ido para alejarte de mí, pero no lo creo. Quiénes tendrán la suerte de ver pasar cada mañana tu boina gris, calada sobre la miel de tus grandísimos ojos. Quiénes serán los afortunados de escuchar tu corazón de hogar tibio. Resérvamelos Arabella, porque son míos, y huyamos a Méjico que allí podremos amarnos con la libertad que corresponde a todos los seres.

Resérvate para mí y escribe. Guárdate para mí porque me ocupas como ocupa el aire las salas vacías y porque siempre vas a llamarte Netocha Neruda.

Esperaré tu carta, como siempre

Largos besos de tu Pablo.

Poema:

Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante.
Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:
Déjame que me calle con el silencio tuyo.

Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo.
Eres como la noche, callada y constelada.
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente.
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra entonces, una sonrisa bastan.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

Jossie

Pasan las pagodas, una detrás de otras las pagodas de techos donde se aplastaron gigantes gotas de crema de oro, coronadas por su falo hierático.

Pasa el Irrawaddy, ajeno, inflexible, con sus muertos de ceniza. Y la multitud mascando el betel y tiñendo su dentadura con sangre diluida.

Pasa la multitud siguiendo el camino inglés de la rígida mentira. Pasa toda Birmania borrando como una duna, cierta, despaciosa, el camino inglés de la corrección falsa, el que odio tanto.

La multitud va y va detrás del día recalentado después de la lluvia larga y diluida como la misma escupida del betel.

Pasan y pasan los cuerpos tiznados hasta la noche de Birmania, la noche de Rangoon donde en el barrio inglés ensayan su fingida música mientras piensan satisfechos que es la única en esta tierra.

Todo huele a jungla densa, a animal verde y bufando.

Todo huele al cuerpo de ella, hecho del mismo material que quema sin llaga, hecha de aceites fragantes donde alucina el amor de los cuerpos.

El mío y el de ella.

Ella que deja su cuchillo sobre la mesa de la lámpara, para matarme o esperarme, para decirme que no existe el amor sin su cuchillo y sin su rabia. Sin un llanto de dientes prensados.

Para decirme que es imposible entender mi estupor y mi tristeza, la lentitud en las manos de mis ojos.

Y que me ama así, con cuchillo y desencanto, con su cuerpo de gata negra, su cuerpo anfibio y brillante, bello hasta el dolor y el pasmo donde naufragan las palabras.

Cuatro vocablos en inglés, nada más. Y luego las largas miradas con su elocuencia triste. Y el día en que no quise regresar a nuestra casa de húmedo comedor, de baño bajo los árboles donde la escuchaba orinando.

El día que se hizo noche de luces separadas.

Esa noche en que al abrir la puerta, vi. Vi que estaba dispuesta, que iba a matarme con su largo y pesado cuchillo campesino.

Vi que no podía con su cilicio de celos. Con su angustia oscura de no saber por dónde andaban mis amores, por el misterio inescrutable de mi poesía.

Tenía razón mi Jossie. Sabía que sería abandonada, que no bastaría su fiera lealtad y su exigencia. Y, tal vez, Jossie Bliss, mi pantera, apuró el trago y, mucho antes de despertarse, supo que junto a la cama habría dos zapatos mudos.

Jossie, mi antigua Jossie, lo supo. Supo que yo ya había enviudado sobre una barcaza que me llevaba a los hoteles y las perchas, a la ropa sobre el piso y a la amargura del licor barato. Lejos de su odio.

Si, pasó lo que sabías, Jossie. Llegó la noche y simulaste el sueño de que no soñabas. La noche en que tu respiración iba en el filo del sollozo. La noche en que el barco negro me puso en el galope que deseaba expulsarme de tu amor, de tu peligro. Y llevarme hacia los versos y la tristeza que todavía me acechan.

Larguísimos años de viajes se metieron entre tú y yo. Primero la desplomada campana de Ceilán, el nombre más hermoso. Después tantos otros.

Todavía recuerdo tu cara llena de la tiza de mis zapatos cuando me besabas los pies, cuando a sollozos gritaste tu amor amputado, cuando llenaste mi propia cara de tus lágrimas salvajes.

Entre tú y yo, Jossie, pantera birmana, amada, buena hasta la rabia, salvaje hasta la tristeza, larguísimos años desde aquél tango hasta este amor lejano sobre el aire donde pasa tu ceniza que se fue río abajo. La ceniza de tu hermosura, río abajo, después de la tarde interminable en que te habrán quemado con llamas avergonzadas.

Jossie Bliss, no pude y pude amarte, inexorable, siempre lejana, encerrada en el mundo adverso de tu hombre en fuga.

Jossie Bliss, no pude y pude amarte hasta ahora en que te escribo estos amores con número, porque uno solo, no podría alcanzarme nunca.

Poema

Amores Jossie Bliss I

Qué fue de la furiosa?
Fue la guerra
quemando
la ciudad dorada
la que la sumergió sin que jamás
ni la amenaza escrita,
ni la blasfemia eléctrica salieran
otra vez a buscarme, a perseguirme
como hace tantos días, allá lejos.
Como hace tantas horas
que una por una hicieron
el tiempo y el olvido
hasta por fin tal vez llamarse muerte,
muerte, mala palabra, tierra negra
en la que Josie Bliss
descansará iracunda.

Contaría agregando
a mis años ausentes
arruga tras arruga, que en su rostro
tal vez cayeron por dolores míos:
porque a través del mundo me esperaba.
Yo no llegué jamás, pero en las copas
vacías,
en el comedor muerto
tal vez se consumía mi silencio,
mis más lejanos pasos,
y ella tal vez hasta morir me vio
como detrás del agua,
como si yo nadara hecho de vidrio,
de torpes movimientos,
y no pudiera asirme
y me perdiera
cada día, en la pálida laguna
donde quedó prendida su mirada.
Hasta que ya cerró lo ojos
cuándo?
hasta que odio y amor se la llevaron
dónde?

hasta que ya la que me amó con furia,
con sangre, con venganza,
con jazmines,
no pudo continuar hablando sola,
mirando la laguna de mi ausencia.

Ahora tal vez
reposa y no reposa
en el gran cementerio de Rangoon.
O tal vez a la orilla
del Irrawadhy quemaron su cuerpo
toda una tarde, mientras
el río murmuraba
lo que llorando yo le hubiera dicho.

Manuela Sáenz

Yo me eché mar arriba, buscando norte.

Me eché ansioso como un niño, con agua nieve en el cuello y ancha espera en el pecho. Cabalgué mar arriba siguiendo el litoral de la minería oxidada, de las limaduras del desierto que se exhibía a nuestro paso. Al paso tozudo del barco que mugía, que mugía agarrando el litoral hecho con roca y con océano.

No quise verlo, no lo quise. Pero la dura tierra de Atacama, con sus pardos, sus azules desangrados empezó a decírmelo. Me dijo que estaba allí su exilio, en el ondulado eclipse de la costa. Estaba allí su augurada ausencia. Su atroz olvido que yo, yo el primero, fui a extraer de debajo de la arena y la sal de Paita. De la empobrecida Paita peruana, con Manuela debajo de su polvo, su sal y su melancolía de ballenas.

Yo fui a buscarte Manuela.

Manuela Sáenz, insepulta, ¿dónde estás? ¿A qué recodo tengo que llevarte mi abrazo y me beso para tu mano hermosa y libertaria?

¿Dónde estás Manuela?

flor

Manuelita está allí. Es la que arroja, con más puntería que todo un ejército, el ramo encarnado. Las rosas al pecho del cholo que pasea la gloria de Pichincha.

Que por Quito culminante va Bolívar.

Ahí va Bolívar y levanta su mirada con la misma puntería. Ahí va el viudo que acaba de dejar de serlo.

Y la noche de Quito es jubilosa. Es de baile, fuga y descuido la noche del libertador y de Manuela.

Baile, fuga y descuido: las tres deidades del pagano que la siniestra envidia no perdona.

No perdonaron la noche de la batalla duplicada en el secreto de ese cuarto, alejado de las luces.

Ebel

Por eso han querido lo imposible: condenarte al olvido cuatro honorables capones y cuatro honradas señoras, envidiosas como chacales, en un club de elegante madera.

Porque fuiste la que amaba, fuiste la amante del pequeño galopador que se gastó la vida por cerros como éstos, pero con hambre y balazos.

Manuela Sáenz, *amable loca* mordiéndolo a Bolívar, mordiendo tus celos por un aro olvidado en su cama.

Manuela Sáenz odiando a chuzazos a los que quisieron perderlo.

Mi amable loca te dijo Bolívar en sus cartas. Y te amaba y te temía cuando galopabas detrás de él y te quedabas a dormir tan cerca de la guerra.

Flor

Amable loca montada en tu caballo, soldada en medio de la batalla con tu sable femenino.

Callada amable loca, flor callada cuando te echaron al quemante olvido de Paita, cuando tu cholo se quedó sólito y mudo con la gloria arrinconada.

Ebel

Yo llegué del duro Chile a la dura Paita para hacerte una visita. Para decírtelo con mi respiración y con mis ojos. Pablo Neruda no te olvida Manuela, Pablo Neruda te defiende contra sal, arena y olvido, te defiende de los siniestros señores destructores.

El día se iba y pregunté y me preguntaba.

¿Dónde está la hermosa?

¿Por dónde caminó en las largas tardes del mar y las ballenas?

¿Estuvo así, desnuda y sola, cuando recibió la noticia en el papel de la última amargura?

¿Cuándo se hizo fácil que se acabaran los amigos? ¿Cuándo, su galope infatigable acallaba el cholo para siempre?

¿Qué habrá quedado de tu mirada cierta y tu ardor de llama, cuando te fuiste grave hacia la salitrosa costa del silencio y las pescaderías?

¿Cómo habrá sido la vergüenza de los que se atrevieron a desterrarte y a enterrarte?

No encontré tu tumba Manuela. No te vio Bolívar recorrer la calle hasta el océano.

Ahora ya llegué hasta el puerto y frente a las gaviotas y los barcos te converso. Hasta aquí vendremos muchos Manuela. Hasta aquí vendremos a sentarnos, a preguntarte y a admirarte, frente al óxido multiplicado de los barcos y el mar caliente que ya no temen las ballenas.

Ya me levanto para decirte mi “hasta luego”.

Entonces beso tus palomas de espadas y caricias, y le dejo mis saludos a Bolívar.

Poema

La insepulta

En Paita preguntamos
por ella, la Difunta:
tocar, tocar la tierra
de la bella Enterrada.
No sabían.
Las balaustradas viejas,
los balcones celestes,
ni la vieja ciudad de enredaderas
con superfume audaz
como una cesta
de mangos invencibles,

Detuve al niño, al hombre,
al anciano,
y no sabían dónde
falleció Manuelita,
ni cuál era su casa,
ni dónde estaba ahora
el polvo de sus huesos.
Arriba iban los cerros amarillos,
secos como camellos,
en un viaje en que nada se movía,
en un viaje de muertos,
porque es el agua
el movimiento,
el manantial transcurre.
el río crece y canta,
y allí los montes duros
continuaron el tiempo:

era la edad, el viaje inmóvil
de los cerros pelados,
y yo les pregunté por Manuelita,
pero ellos no sabían,
no sabían el nombre de las flores.
Al mar le preguntamos,
al viejo océano.
El mar peruano
abrió en la espuma viejos ojos incas
y habló la desdentada boca de la turquesa.

III

El mar y manuelita

Aquí me llevó ella, la barquera,
la embarcadora de Colán, la brava.
Me navegó la bella, la recuerdo,
la sirena de los fusiles,
la viuda de las redes,
la pequeña criolla traficante
de miel, palomas, piñas y pistolas.
Durmió entre las barricas,
amarrada a la pólvora insurgente,
a los pescados que recién alzaban
sobre la barca sus escalofríos,
al oro de los más fugaces días,
al fosfórico sueño de la rada.
Sí, recuerdo su piel de nardo negro,
sus ojos duros, sus férreas manos breves,
recuerdo a la perdida comandante
y aquí vivió
sobre estas mismas olas,
pero no sé dónde se fue,
no sé
dónde dejó al amor su último beso,
ni dónde la alcanzó la última ola.

La mamadre

Vemos la manzana abierta, apagada, casi plana y sin densidad, apenas compuesta por diez casas de madera y techos de chapa. Parecida a las manzanas que la rodean y se extienden conformando la ciudad austral. Algunos techos relumbran plateados. Otros se ven opacos, ganados a medias por la herrumbre.

Vemos una parte del pueblo donde las casas y la gente parecen disputarle al mundo, al gigantesco mundo, un lugar para ser. Firmes de firmeza humilde, dispuestos a recrearse cuanto haga falta, dentro del paisaje gigantesco que podría tragárselos cuando quiera.

No es así.

Ya han empezado a echar humo algunas chimeneas. Ya han comenzado a entibiar la mañana de cristal las morenas manos como hormigas que buscan la madera desplegada del sur para hacer la primer tibieza.

Muchas veces se abalanza el viento de la noche, implacable y ajeno, y el cielo dispara la lluvia. No la lluvia del día amiga, dispuesta a la charla lenta con la gente de detrás de las ventanas pobres. Esas noches de tempestad expulsan un agua negra para que las goteras no encuentren cántaro ni cubos, y los pisos se llenen del frío achatado de la inundación.

Si nos acercamos más, veremos una mujer. Es una mujer menuda, delgada, de andar pausado que se mueve del patio a la casa. Va con silenciosa energía. Suele caminar sobre suecos de madera pero, aún así, los movimientos son leves, Hay algo inquebrantable en su actividad suave, algo decidido a modificar con su faena el juego adverso del planeta.

Trinidad Marverde, la mujer pequeña, camina hacia la despensa. Comprueba el saco de la harina y carga la olla para el rumor del pan que va a engordar el mediodía.

Hace nada que ha salido el sol y los pies pequeños van de un lado a otro hasta llegar a las hornallas. Trinidad Marverde va olvidada, pequeña y concentrada como está, a preparar el desayuno. La miramos a los ojos y vemos que son oscuros, inquietísimos en registrar todo lo que hay y no hay en su mundo silencioso de mañanas y cocina. Trinidad Marverde sonríe.

El niño, taciturno, contemplativo y de encubierta audacia como sus ojos, el niño que ha hecho suyo, ayer le ha escrito unas palabras. Ha escrito una palabra que ella no comprende, lo sabemos, y una frase que dice lo que una madre necesita, además del agua y de la harina.

Áurea. Áurea le ha dicho y ella habrá de repetírsela todo el tiempo como si a fuerza de eso pudiera extraerle la sustancia y conocerla.

Y atrás de la palabra está la frase, dispuesta y muelle como una almohada fragante. La del niño que no nació de ella, como sí nació su Laurita y como José, allá lejos con su hermana.

“De un paisaje de áureas regiones/ yo escogí/ para darle, querida mamá esta humilde postal/ Neftalí”

Todo eso le ha dicho Neftalí, “su niño”, callado con sus bichos, sus semillas y sus mariposas. Y basta solamente ese “querida mamá” para que los pies menudos, las manos y la cintura delgada y vigorosa hechos con trabajos, con bailes, con lluvias pertinaces y fuegos traidores, con cielos sin fondo y aroma de resina, vayan con gracia por aquí y allá, rescatando, ordenando, entibiando la dulzura de la vida.

Ya nos hemos sentado en la cocina y vemos a Trinidad Marverde, la mamadre, trabajar delante de la ventana, sobre la olla y el jarro, sobre la blancura de la harina, menuda, vestida de oscuro, oliendo a sur y leña, hermosa de acto y cuerpo.

Con ella, miramos hacia afuera de tanto en tanto. Vemos cómo se endereza cada cosa, como se despliega la ciudad temblando de mujeres a esta hora.

Neftalí entra en la cocina, se detiene, y observa la labor de la mamadre, jamás le dirá madrastra.

Su poesía agradecerá esa primera dulzura, esa alforja de cariños y cuidados, ese pan primero, para que mañana él pueda vérselas con la soledad, con la injusticia, y con su propio amor interminable.

Nos quedamos a mirar a ese muchachito de escarabajos, mariposas, de palabras y de rieles que van a navegar la selva. En silencio contemplamos cómo aprende la decencia del amasijo y de la leña, de la aguja, del fregadero y el hilo, de la campestre picardía, de la cueca y la mazurca.

El muchachito tiene los ojos tristes como si solo pudieran mirar de lejos. Ya sabe quién es y quién será la mujer pequeña, de tobillo nervioso, de aroma, de nariz dura, de ojos de chispa y sombra, que hace calzoncillos con el saco de la harina, que puede lavar en agua helada.

Y aquí, con este desayuno, en el alba de Temuco. Con esta mañana sucesiva, entre la tierra y las cocinas, vamos a quedarnos.

En esta casa del pueblo, la de Doña Trinidad Marverde nos quedamos a ver cómo todo sigue ocurriendo, cómo, con la galleta y con la leche, se va haciendo un niño y un poeta.

En la casa de Temuco nos quedamos.

Porque queremos ver cómo, desde la mamadre, están naciendo cada una de las cosas necesarias.

Cada cosa imprescindible para que haya el día, ese amor, ese único lugar por donde, repartiendo poesía, pasa el mundo, pasan los dioses y pasa cada uno de los hombres.

Poema

La mamadre

La mamadre viene por ahí,
con zuecos de madera. Anoche
sopló el viento del polo, se rompieron
los tejados, se cayeron
los muros y los puentes,
au lló la noche entera con sus pumas,
y ahora, en la mañana
de sol helado, llega
mi mamadre, doña
Trinidad Marverde,
dulce como la tímida frescura
del sol en las regiones tempestuosas,
lamparita
menuda y apagándose,
encendiéndose
para que todos vean el camino.

Oh dulce mamadre
—nunca pude
decir madrastra—,
ahora
mi boca tiembla para definirte,
porque apenas
abrí el entendimiento
vi la bondad vestida de pobre trapo oscuro,
la santidad más útil:
la del agua y la harina,
y eso fuiste: la vida te hizo pan
y allí te consumimos,
invierno largo a invierno desolado
con las goteras dentro
de la casa
y tu humildad ubicua
desgranando
el áspero
cereal de la pobreza

como si hubieras ido
repartiendo
un río de diamantes.

Ay mamá, ¿cómo pude
vivir sin recordarte
cada minuto mío?
No es posible. Yo llevo
tu Marverde en mi sangre,
el apellido
del pan que se reparte,
de aquellas
dulces manos
que cortaron del saco de la harina
los calzoncillos de mi infancia,
de la que cocinó, planchó, lavó,
sembró, calmó la fiebre,
y cuando todo estuvo hecho,
y ya podía
yo sostenerme con los pies seguros,
se fue, cumplida, oscura,
al pequeño ataúd
donde por primera vez estuvo ociosa
bajo la dura lluvia de Temuco.

Matilde

Fue desde la primera vez pero tardó en que se supiese.

Usted mismo tardó sus buenos años, tanto como yo. Y lo supimos al mismo tiempo, porque así tiene que suceder. Allá en Berlín me lo dijo, ¿se acuerda? Usted me dijo que ya no quería separarse de mí.

Fueron dos o tres días de mucha felicidad, ¿sabe? Allá en Berlín, con Jorge Amado, con Nicolás, siempre enamorado de su Cuba. Cómo lo cuidaba usted a Nicolás. ¿Y Nazim? Qué hombre tan hermoso Nazim. Él fue el que me advirtió de que en el dormitorio me esperaba un regalito. Y me lo encuentro a usted, sentado en la cama, con esa picardía lenta que no perderá jamás.

Y después sentí tanto miedo, tanta incertidumbre. Tener que separarme de usted sin saber bien a qué atinar. ¿Qué iba a ser de nosotros?

Hasta aquellos días en Nyon, allí al lado del lago donde nos seguían las gaviotas para que les diéramos las migas de pan que le pedíamos cada mañana a la señora del hotelito. Cómo la divertíamos a esa mujer. Si hasta nos perdonó las risotadas en la escalera cuando no podíamos subir hasta el dormitorio.

Sí, tardó en que se supiese. Tal vez fueron como diez años para que yo aprendiera a contemplar esa cabeza y esas manos de usted, ese cuerpo suyo que amo. Porque yo amo el cuerpo de usted, Pablo. Todo lo que usted dice y hace pasa por ese cuerpo suyo del que conozco tanto el calor y el peso. ¿Qué haría yo sin ese modo de mirar fascinado que pasa por las cosas del mundo, por los pájaros y los secretos del mar? Por esa misma voz que no se cansa nunca de hacerme bromas.

Cuanto cariño...y cuánta locura ¿recuerda? ¿Se acuerda de las cenas en el balconcito frente al lago? Y las risas largas. Tal vez debiéramos volver a Nyon, habría que ver si todavía es un pueblito tan sencillo, tan cálido.

Dicen que Capri no ha cambiado tanto; aunque ahora los turistas van todo el año. Usted era mi capitán. Un capitán que me escribía sus versos.

Cincuenta ejemplares tenía el libro, eran una belleza. Tal vez allí empecé a ser su secretaria, a trabajar con usted en su palabra que exponía todo, que denunciaba la injusticia, como ahora mismo. Y deje de preocuparse tanto que las cosas no han de ser tan terribles como dicen. Mire que Panda se nos enoja si nos ve tristes.

Siempre anda preocupado por eso, desde que era un muchachito. Se ha pasado la vida con su angustia por las bocas con hambre y por el frío y la lluvia en tanta casa pobre de nuestro

Chile. No se haga mala sangre que tiene que haber muchos soldados leales a Salvador. Él sabrá cómo arreglárselas para que no “llueva sobre Santiago”

En la isla no llovía casi nunca. Qué hermosa es esa isla. En Capri, comprendí que debía acompañarlo, que mi vida que yo había edificado con prolijidad y que creía hermosa perdía sentido.

La casa de Erwin era como nuestra casa, con su hogar donde yo hacía la tortilla al rescoldo, allí escondida en la calle de arriba, cerca de la plaza desde donde se divisaba el mar.

Era mejor verlo desde arriba porque las pocas veces que bajábamos, a usted no le gustaba. Este mar es mudo, me decía. Usted deseaba que rugiera como aquí.

Hoy también le haré una buena tortilla y deje de mirarme de ese modo, como si no se cansara de estudiarme. Me parece que siempre se ríe un poco de mí. En cambio está muy serio cuando contempla este mar tan suyo de Isla Negra, más bien parece un marinero buscando tierra.

Usted cuando me mira siempre tiene la misma cara, como si yo lo divirtiera enormemente. Si ya sé, yo soy su chascona, con todos los cabellos revueltos.

La medusa me decían en Capri, ¿se acuerda? Y a usted il comendatore.

Sí, ya sé que se acuerda de todo y ya!, deje de mirarme así.

El perro de González Videla había logrado que no lo dejaran entrar en Francia, en su querida Francia y nos fuimos a la isla. Fue nuestra luna de miel. Usted no paraba de reírse. Yo tampoco.

Aunque bien serio que estaba cuando nos casó la luna. En la isla pensaban que éramos unos locos, pero la gente nos quería. Qué linda era la isla sin los turistas, toda para nosotros. Usted participó del diseño del vestido de novia, comendatore Neruda, a rayas verdes y negras. La modista nos decía que sí, pero cómo nos miraba.

Esa noche usted le dijo a la luna con toda seriedad que no podíamos casarnos en la tierra y que ella, la musa de todos los poetas, nos casaría en ese momento y que ese matrimonio lo respetaríamos como el más sagrado. Entonces me puso el anillo y vimos cómo la gran bocota de la luna se movía.

Casi no tuvimos tiempo de hacer el amor, ya había salido el sol cuando nos acordamos.

Al final, gracias a que ese perro no lo dejaba entrar a París llegamos a casarnos a la isla. Ese fue nuestro verdadero casamiento, el de la luna. Y fíjese que después pudimos ir tantas veces a París. Todo termina solucionándose, ¿no le parece? En París usted tenía cada

ocurrencia. Eso de comprarse mascotitas en las veterinarias que después dejaba a mi cuidado

Y nuestros viajes por el país. Siempre me acuerdo de aquellos días en el sur, en el sur del sur. En Punta Arenas durante la esquila. Ninguno de esos cien trabajadores nos prestaba atención. Yo ya me quería ir. Era como si no existiésemos. Usted me dijo “No se preocupe chascona, ya va a pasar algo”. Y de golpe detienen la faena y se alinean delante de nosotros siguiendo ese ritual modesto y grave de la gente dura; y usted sin ningún preámbulo se les pone a leer su poesía. Fue increíble Pablo. El rostro de esa gente se transfiguró. Los duros surcos se transformaron en blando encanto. Vio que bien lo digo. Al final he tenido que aprender a decir bien las cosas, si me he pasado la vida junto a usted.

Usted huele a ternura le dije hace tanto tiempo en Berlín y me dijo que tuviera cuidado porque eso sonaba a poesía.

Así me gusta, que se ría. Que no ha de ser para tanto lo que andan diciendo por ahí.

Por qué no se va a preparar uno de sus tragos y después ponemos nuestros tangos favoritos y bailamos como en Capri.

Usted me hizo su heredera, mire allí, sobre la mesita está su testamento, que quiero tanto. Me ha hecho heredera de muchas cosas, tal vez demasiadas aunque nunca me cansaré de recibir sus regalos. ¿Me lo lee Pablo? Quiero que me lo lea usted.

Testamento de otoño

Matilde Urrutia, aquí te dejo
lo que tuve y lo que no tuve,
lo que soy y lo que no soy.
Mi amor es un niño que llora:
no quiere salir de tus brazos,
yo te lo dejo para siempre:
eres para mí la más bella.

Eres para mí la más bella,
la más tatuada por el viento
como un arbolito del sur,
como un avellano en agosto.
Eres para mí succulenta
como una panadería,
es de tierra tu corazón,
pero tus manos son celestes.

Eres roja y eres picante,

eres blanca y eres salada
como escabeche de cebolla.
Eres un piano que ríe
con todas las notas del alma
y sobre mí cae la música
de tus pestañas y tu pelo.
Me baño en tu sombra de oro
y me deleitan tus orejas
como si las hubiera visto
en las mareas de coral:
por tus uñas luché en las olas
contra pescados pavorosos.

De Sur a Sur se abren tus ojos
y de Este a Oeste tu sonrisa,
no se te pueden ver los pies
y el sol se entretiene estrellando
el amanecer en tu pelo.
Tu cuerpo y tu rostro llegaron,
como yo, de regiones duras,
de ceremonias lluviosas,
de antiguas tierras y martirios,
sigue cantando el Bío-Bío
en nuestra arcilla ensangrentada,
pero tú trajiste del bosque
todos los secretos perfumes
y esa manera de lucir
un perfil de flecha perdida,
una medalla de guerrero.
Tú fuiste mi vencedora
por el amor y por la tierra,
porque tu boca me traía
antepasados manantiales,
citas en bosques de otra edad,
oscuros tambores mojados:
de pronto oí que me llamaban,
era de lejos y de cuando
me acerqué al antiguo follaje
y besé mi sangre en tu boca,
corazón mío, mi araucana.

Qué puedo dejarte si tienes,
Matilde Urrutia, en tu contacto
ese aroma de hojas quemadas,
esa fragancia de frutillas
y entre tus dos pechos marinos
el crepúsculo de Cauquenes

y el olor de peumo de Chile?

Es el alto otoño del mar
lleno de niebla y cavidades,
la tierra se extiende y respira,
se le caen al mes las hojas.
Y tú inclinada en mi trabajo
con tu pasión y tu paciencia
deletreando las patas verdes,
las telarañas, los insectos
de mi mortal caligrafía.
Oh leona de pies pequeñitos,
qué haría sin tus manos breves,
dónde andaría caminando
sin corazón y sin objeto,
en qué lejanos autobuses,
enfermo de fuego o de nieve?

Te debo el otoño marino
con la humedad de las raíces
y la niebla como una uva
y el sol silvestre y elegante:
te debo este cajón callado
en que se pierden los dolores
y sólo suben a la frente
las corolas de la alegría.
Todo te lo debo a ti,
tórtola desencadenada,
mi codorniza copetona,
mi jilguero de las montañas,
mi campesina de Coihueco.
Alguna vez si ya no somos,
si ya no vamos ni venimos
bajo siete capas de polvo
y los pies secos de la muerte,
estaremos juntos, amor ,
extrañamente confundidos.
Nuestras espinas diferentes,
nuestros ojos maleducados,
nuestros pies que no se encontraban
y nuestros besos indelebles,
todo estará por fin reunido,
pero de qué nos servirá
la unidad de un cementerio?

Que no nos separe la vida
y se vaya al diablo la muerte!

Gracias Pablo. Gracias por su poesía y su amor interminable. Pero ¡arriba! Ande vaya, prepárese unos tragos nomás porque de las cosas que me ha dejado hay una que es la que más me importa.

¿Qué cuál es?

Y sí querido compañero. Es esa nomás

Vaya y tráigame algo rico para beber y a bailar y así cumplir con lo más lindo que me ha dejado; cumplir siempre, siempre, con eso de que se “vaya al diablo la muerte y que no nos separe la vida”.